

nula y hay una escuela, pero sin proyección real en la vida del pueblo. Lo único que parece contar son las relaciones familiares y de vecindad. Hasta que la aparición del *lobishome* lo altera todo y desenmascara una realidad que se contradice con la aparente monotonía de la aldea.

El *lobishome* –el hombre lobo, licántropo o lobizón– pertenece al mundo de la leyenda y de la superstición, de ahí que su presencia enfrente al pueblo entre los que creen en su existencia y los racionalistas que la niegan. Importa recordar aquí que esta leyenda o creencia ha sido recuperada desde el siglo XVIII para la literatura y más tarde para el cine y que la figura humana, generalmente masculina, se convierte en lobo sólo por espacio de unas horas, generalmente cuando sale la luna llena. Se trata de descubrir, pues, quién es este misterioso personaje que comete los crímenes y cuál es la reacción de los habitantes del pueblo.

Es así como entramos en la vida de personas sólo en apariencia anodinas: el guardabosques pintor, la misteriosa doña Isabel, la pequeña Cándida, con una precoz carga de

## La aparición de un hombre lobo divide al pueblo entre los que creen en su existencia y los racionalistas

sensualidad, y el propio narrador, un niño de trece años que ha sido testigo y víctima de las pasiones y la violencia. Lo que parecía costumbrismo rural alcanza niveles de tragedia, y la presencia no siempre visible del *lobishome* es expresión de la represión y la violencia de la sociedad española en los años de la posguerra y del aislamiento al que han sido sometidos los valles mineros.

*Brañaganda* nos confirma la coherencia del proyecto narrativo de Monteagudo, iniciado con *Fin*. Una apuesta no por reflejar directamente la *nueva sensibilidad*, si es que esto significa algo, sino por ir a las raíces de la naturaleza humana para explicar la realidad de un presente que nos llega así cargado de una más honda significación.

Y en estas raíces encontramos el misterio de la naturaleza, la leyenda, el mito, la pasión, el miedo y la ferocidad. Sobre esta base se va creando el entramado de una novela en la que la falta de una clara tradición literaria puede explicar la espontaneidad y frescura de la narración, aunque no siempre controlada: la tragedia puede caer en melodrama; hay algunos personajes que quedan desdibujados, todos hablan con un parecido registro, la madurez del niño Orlando, el narrador, resulta inverosímil y el capítulo final me parece innecesario. |

**Eduard Girbal  
Jaume  
Oratjol de la Serra**

EDICIONS DE 1984  
236 PÁGINAS  
16,90 EUROS  
Edición de Agnès  
Prats

**Narrativa** Edicions de 1984 culmina la recuperación de Eduard Girbal Jaume (1881-1947), cronista de la vida rural en los primeros años del siglo XX

# ‘Nois, això és l’arcàdia feliça!’

**JULIÀ GUILLAMON**

El descubrimiento de Eduard Girbal Jaume (Girona 1881-Barcelona 1947) ha sido uno de los grandes acontecimientos de la literatura catalana de la última década. Josep Pla se refiere a él en uno de sus *Retrats de passaport*. Enric Casasses leyó sus opiniones, encontró un ejemplar de *L'estrella amb cua* en la biblioteca familiar y habló de él a Josep Cots, que se lanzó de cabeza a reeditarlos. No se había publicado más desde que en 1923 dio a conocer *La tragèdia de cal Pere Llarg*, el último volumen del ciclo narrativo *L'agre de la terra*. Ya expliqué en otro artículo las maldades que Sagarra dice de Girbal Jaume en sus memorias. El autor de *Oratjol de la Serra* era un hombre de *La Il·lustració Catalana*, que tiraba a los Juegos Florales y Sagarra, jovencito, quería ganarlos siempre: Girbal Jaume le parecía un fanfarrías. A diferencia de *L'estrella amb cua* y *La tragèdia de cal Pere Llarg*, *Oratjol de la Serra* (1919) no tiene argumento de novela: se trata de una serie de cuadros montados sobre una mínima estructura dramática: Joan Ballesteria llega a aquellas montañas siguiendo a su amigo Quintana, que desde hace tres años ocupa la plaza de maestro rural, para procurar que las niñas de la casa –“flors d'estufa que s'enfilen com una carbassera”– superen los estragos de un crecimien-

to demasiado rápido. En *Oratjol de la Serra* –que en realidad es el vecindario de Saló, aldea de Sant Mateu de Bages– encontrará remedio para sus males. La sencillez de la gente del campo y de los trabajadores del bosque, el contacto con la naturaleza, le oxigenan el espíritu.

La estancia de Ballesteria está marcada por la introducción, en la arcadia feliz, de una fuerza destructora: la muerte de Pauleta, la hija del herrero, y la construcción de la carretera, que conlleva la desaparición de las formas de relación tradicionales. El narrador describe las costumbres y la manera de hablar

## El naturalismo no se ve por ninguna parte y en cambio hay palabras bien dichas y escenas muy bien contadas

de la gente, la vida vegetal y animal, los tipos característicos, las creencias y supersticiones. He leído *Oratjol de la Serra* después de *Armènia, en prosa i en vers* de Ossip Mandelstam, traducido por Helena Vidal y es sorprendente como se parecen sus descripciones –uno, escritor anacrónico, el otro, poeta vanguardista–. Mandelstam habla de un árbol que baila en el agujero que han excavado en la tierra, como una muela que se mueve

arrancada de la encía. Girbal describe un vencejo muerto, colgando de una rama, las hormigas lo descubren e inician el carnaje, hasta que sólo quedan las plumas y el pico. ¿Y las imágenes? “A un costat del camí, bota, feixuc, com una pilota de goma rebentada, la massa desperfilada i berrugosa d'un galàpet voluminós”.

¡Qué perjudicial ha sido para la literatura la división en grupos y movimientos, y las etiquetas que los escritores de una generación o de una escuela literaria han colgado, para menospreciarlos, a los autores de otras generaciones y escuelas! Y qué libertad tenemos hoy en día para leer la tradición, prescindiendo de todas estas mandangas! El naturalismo de Girbal Jaume –que su amigo noucentista Quim Borralleras le echaba en cara– no se ve por ninguna parte. Y en cambio encontramos escenas muy bien retratadas y palabras muy bien dichas: la lebrera corre arriba y abajo, ahora está delante, ahora se rezaga; los colorines de un uniforme de infantería –la guerrera con dos filas de botones de lata, los calzones encarnados y el casquete negro con dos franjas rojas– provocan un efecto detonante en el bosque; el hombre que fabrica pega, en un claro del pinar, no responde a las preguntas de los forasteros, pero cuando se alejan deja de golpear la madera, se reincorpora y los mira de lejos. Sin la convención del argumento novelesco, en el género narrativo más modesto –el cuadro de costumbres–, la prosa de Eduard Girbal Jaume muestra una paradójica modernidad.

Estamos a punto de reemprender el curso, interrumpido desde hace un par de semanas por las vacaciones de Navidad. Antes de que se apoltonen de nuevo en las mesas de las librerías las novedades de temporada –demasiado a menudo ¡ay! escritas sin gracia ni talento–, el aire del *Oratjol* tiene un efecto reconfortante, revitalizador. |



Girbal Jaume ambienta su obra en un mundo rural como el que refleja esta foto, datada en los años treinta

J. CAPELLA